

Morir es dejar de sentir. La muerte no se limita al desangramiento externo, cuando el cuerpo deja de sangrar. Morir también implica dejar de sentir, donde las cosas ya no te importan, y el modo automático se activa para protegerte de un dolor mayor. Para algunos, la muerte es un alivio final a un dolor mayor, poniendo fin a una batalla que nunca se ganaría... irónico son estas palabras cuando yo mismo llamé a este espectro y lo dejé entrar. ¿Qué estúpido he sido? Soberbio como siempre. Tantos planes, tantas cosas por hacer. Al final, lo único que consigo es seguir demostrando lo inevitable: que mi personalidad es mi perdición. ¡No tengo nada a qué aferrarme en esta vida! Nadie me espera, nadie me busca. Moriré como el hombre ermitaño que tanto temo ser. Un antisocial, desesperado por encontrar su lugar, y más importante, angustiado. He roto en mil pedazos las oportunidades que tuve para que todos me conocieran como el hombre que soy, añoranza de aquel hogar que siempre me brindó protección y calor. Consciente de haber hecho lo que más me gusta hacer en mis momentos de debilidad. Está abriendo su boca, es inminente. No pienso cerrar los ojos. Con el pecho inflado y la vista fija, acepto. Aquí yace Joaquín, inepto, cobarde, el cual nunca consiguió nada en esta vida...

Maldición, tenerla frente a él día tras día y no tener el valor para decirle nada lo hería, sabiendo que sus sueños estaban enfocados hacia ella. Su cobardía podía llevarlo a perder la oportunidad de ser feliz, de tener a una persona que lo sumara y acompañara, y en la que, en los momentos más fríos, ambos se dieran algún tipo de resguardo, donde dos corazones palpitaban en sincronía, logrando la armonía. El día que se atrevió a decir algo, fue cuando estuvo más centrado y tranquilo. No dejaría escapar a su amada, momento de tomar "al toro por los cuernos". Joaquín usó sus ojos y la perdió de vista; el enamoramiento lo tiene embriagado, no es capaz de ver más allá. No existe para él más que Trinidad. ¡Cobarde, inútil, eres un desastre, cómo tan imbécil! Palabras que martillaban dentro de su cabeza."

¿Fui yo o la clase estuvo bien dura? Como que los profesores nos quieren exprimir hasta quedar secos —manifestó con el fin de iniciar una conversación, posiblemente Joaquín.

Pero sabes, es un mal momento; estamos hablando de algo privado. Trinidad le pide espacio, y él, sin entender del todo, se resigna.

No para él, solo existe Trinidad, pensó mientras ella se alejaba.

Y de esa forma, se alejó, derrotado en la primera instancia por el ridículo que hizo. Lo llevó a guardarse para siempre aquellos sentimientos. Inevitable, él no es el hombre que busca Trinidad. ¿Qué espera ella? ¿No es el hombre adecuado para ella? Entiende de una vez. ¿Por más que lo intentes? Es un fracaso, una mísera hormiga en un campo de gigantes. ¿En verdad tenía esperanzas de que ella lo mirara? Joaquín, iluso. El no saber aceptarlo demuestra lo tozudo que es. No es la primera vez que ella le rechaza una conversación. ¿Hasta cuándo va a seguir presionando por algo que no es y nunca será? Que regrese a la cueva a la cual pertenece y se quede ahí.

Derrotándose y llorando en silencio, esperaba a que la tarde avanzara. Haría lo que más le gustaba: navegar. Si eso iba a hacer, total, el único lugar en el cual se sentía completo y aceptado era el mar.

Y sería ahí donde liberaría sus emociones por completo, sin miedo, ya que al final nadie, absolutamente nadie, lo escucharía.

Sintiendo el estruendo de las olas que azotaban su frágil embarcación, Joaquín se vio atrapado en un torbellino de pensamientos tormentosos. En la oscuridad de la tormenta, el remordimiento le envolvía como las sombras que se cerraban a su alrededor.

El rugir del viento coincidía con el rugir de su conciencia, recordándole cada oportunidad perdida, cada palabra no dicha a Trinidad. Se arrepentía de su silencio, de no haber enfrentado sus miedos, de haberse rendido antes de luchar por su verdadero amor.

Las gotas de lluvia, como lágrimas del cielo, parecían reprocharle por cada instante en el que se dejó vencer por la cobardía. En la penumbra de la tormenta, las sombras del arrepentimiento se proyectaban en su mente, mostrándole vívidamente todas las cosas que no hizo, los momentos que dejó pasar, y cómo se rindió al dejar de luchar por Trinidad.

El retumbar del trueno resonaba en su interior, como un eco de su propio remordimiento. Cada gota de agua que golpeaba el casco de su barco era un recordatorio implacable de sus decisiones equivocadas. La furia del mar parecía reflejar la tormenta que se desataba en su corazón, una tempestad de lamentaciones por un amor no conquistado.

En medio de la desesperación, Joaquín se aferró al mástil, no solo buscando sostén físico, sino también anhelando un anclaje emocional que lo salvara de la vorágine de su propio arrepentimiento. El mar, como un juez implacable, reclamaba su cuerpo, pero más doloroso aún era el reconocimiento de que él mismo había permitido que su espíritu se ahogara mucho antes de que las aguas turbulentas lo envolvieran.

En ese momento, en la furia de la tormenta, Joaquín se dio cuenta de que la verdadera tragedia no era solo la pérdida física que el mar reclamaría, sino la pérdida de oportunidades, de amor no expresado, de valentía no mostrada. Mientras el océano reclamaba su cuerpo, también se llevaba consigo los susurros no pronunciados y los besos nunca dados a Trinidad.

Fin